

III. LO FEMENINO Y LA VIOLENCIA

Bailando al borde del abismo.

De la violencia y de la felicidad en el matriarcado*

TANIA ROELENS

Para mi amigo Fernando Duque N.

Hace unos meses amanecimos con una sorprendente noticia, resultado de una reciente encuesta en Colombia: en un 90 % la gente se siente entre feliz y muy feliz, a la par de su fe en Dios. Para una, que viene de la escrupulosa neurosis europea, este panorama no deja de ser desconcertante y de tener una fragancia añorada: además de las bellezas naturales, aquí están la alegría, el gozo y un desorden acogedor: ¡el paraíso no está perdido! Pero, como decía el poeta, no hay nada más cercano a la felicidad que la violencia y al mismo tiempo que hay tantos muertos y cruciales problemas sociales, se puede bailar al borde del abismo.

En esta labor valiosa y sostenida de intentar ubicar en dónde diablos está la falla, por qué vías pacificar nuestras relaciones, esta nueva invitación de *Desde el Jardín de Freud* en torno a “lo femenino” me lleva a interrogar ciertas “evidencias” que insisten. Por ejemplo, esta: “el orden fálico es violento, las mujeres están por fuera de él, lo femenino es la vía”. O esta otra: “Dios padre expulsó a la mujer del paraíso, dejándonos con el sufrimiento y el sacrificio, una divinidad femenina nos garantizaría otro goce”. Pero como todos los silogismos, estos encierran una verdad que conviene leer en otro plano, el de la división subjetiva que es bisexual, sobre un fondo de falta y de resto, y siempre en relación con el Otro.

Hace rato que muchos hombres no se reconocen en las obligaciones de la función fálica, quieren salir corriendo de este obstáculo que dificulta el acceso al otro sexo: no quieren ser violadores ni exponerse a la impotencia y a la rivalidad; le temen a la responsabilidad de fundar una familia y fantasean en que desde una posición distinta, supuestamente femenina, hay una mejor opción: “*La masculinidad no existe sino en contraste con la feminidad*”, decían ellos en un reciente coloquio sobre “Masculinidades en Colombia”. Pero por más que los hombres traten de evitar este peso, a la par del

* Agradezco a Iris Sánchez, Belén del Rocío Moreno y Eduardo Aristizábal por su lectura atenta de este ensayo y por las luces que me dieron para la redacción final.

auge feminista, igual es la reprobación, en voz de las mujeres y de las instituciones: *¡NO RESPONDEN!* Ni como padres –la mayoría opina que tener hijos es una decisión de la mujer–, ni como esposos –“*todos son infieles*”–, ni en un trabajo de equipo –“*Hay que hablarles pasito si no se enojan feo*”. Mientras tanto la cantaleta se generaliza, persiste el malestar en ambos lados y en el lazo social: ejercicio precario de la autoridad, del interés colectivo, de la negociación de conflictos; prevención hacia el otro, hacia lo diferente; repliegue en la esfera familiar al mismo tiempo que aumenta el número de madres cabeza de familia; existencia de sectores sociales excluidos y satanizados por ser agentes o víctimas de una violencia real...

¿Acaso existe un goce distinto del fálico que nos libere de la injusta desigualdad?, ¿una diosa en masculino?, ¿la feminidad recuperada por el orden del poder y del discurso?, ¿un arquetipo junguiano, al fin, a punto de consagrarse?, ¿más trabajo para las mujeres?... La quimera semántica de “lo femenino” nos sugiere una verdad más compleja.

Primero, porque tanto en el último rincón del planeta como en las sutiles expresiones del mito y de la poesía, se sabe que de las mujeres se puede esperar lo mejor y lo peor y que su crueldad puede ser extrema. Luego, porque hace tiempo que ya no es novedad en Occidente –hace más o menos dos siglos, con el advenimiento conjugado de la ciencia y del acceso masivo de las mujeres a las funciones sociales, es decir su llamada “liberación”– constatar, por un lado, una “feminización del mundo”¹ y, por otro lado, el componente fálico en el deseo de las mujeres con la consecuente extrañeza que esto acarrea.

Si bien el psicoanálisis nació de la necesidad de descifrar la histeria que hablaba en el cuerpo de las mujeres, ¿no será que debe seguir descifrando la que habla en el fantasma de la feminización –hasta de indiferenciación– del hombre contemporáneo?

LOS DOS VALORES QUE ANIMAN EL DESEO: EL FALO Y EL OBJETO A

Por ser el representante visible del placer y de la fertilidad, así como de la diferencia en el cuerpo mismo, el falo se instituyó como símbolo de la civilización a partir de su bivalencia (presencia-ausencia), como metáfora que da significación al objeto de nuestro deseo. Ésta sostiene la realización alucinada de la satisfacción por medio de objetos imaginarios marcados por dicha bivalencia: su erección le da el brillo, paradigma de las certezas, “¡esto es lo que quiero, lo que busco, lo que soy!”, de la coherencia y de los límites del *Logos*, en un clima de potencia y de exaltación (en la belleza, el poder, el éxito, el ideal...), pero también de rivalidad, de traición, de sacrificio...; y su



¹ Noción que remite tanto a reflexiones hechas desde varias disciplinas como al fantasma del hombre contemporáneo. Encuentra un eco en escritos psicoanalíticos actuales que plantean que la sexualidad se va organizando cada vez más por el lado derecho de la fórmula de la sexuación de Lacan.

detumescencia remite a las formas de su pérdida. Este es el “objeto perdido” de la economía psíquica de Freud, objeto del yo con todas sus ilusiones, que se anhela y se cede, fomenta la fe, la culpa y la deuda, es la base de la renuncia y del intercambio, y asimismo del pacto simbólico. Lacan escribió el falo con el signo (-φ) en la operación de la “castración simbólica” y concierne a ambos sexos de manera disimétrica, en cuanto a tenerlo o serlo. Un referente simbólico en el horizonte del deseo que se distingue de sus formas imaginarias en juego para huir de la castración o positivadas en grados varios para negarla (fetiches, pasiones, certezas...). Así mismo el falo vuelve y juega como inscripción en la cultura del deseo humano y significativo en el lenguaje, dándole significación sexual a la falta constitutiva del sujeto y en el discurso histórico, en tanto es expresión del deseo de un sujeto, trascendiendo los destinos de las pulsiones.

Ahora bien, no se puede concebir la relación del sujeto con el objeto –del placer, del goce o del fantasma– sin aprehender su otra dimensión que es la de la falta² que funda el deseo, más allá de la significación fálica. Bajo el nombre de “objeto a” se designa la falta fundamental que cualquier sujeto presente en su relación con el mundo, con los demás, en la pareja, desde y para siempre, y que hace que ningún objeto anhelado, encontrado o perdido pueda colmar el lugar vacío que la subjetividad humana inscribe en el andar de la vida. Un objeto que no tiene imagen ni representación, que ni siquiera es un objeto, apenas una letra. Un resto más bien³, un desecho caído del Otro en el que no hay nada que nos guíe, exija o ampare, y que, sin embargo, siempre buscamos satisfacer con algún objeto apropiado para saciar su deseo: objetos dispuestos para el goce en su infinita metonimia de formas y de promesas de cumplimiento y satisfacción..., en contigüidad con los objetos pulsionales que se desprenden del cuerpo (el seno, las heces, la mirada, la voz y la nada). Estos son apenas máscaras de la falta en el Otro, con una característica fundamental: cuando es inminente la presencia del objeto a, o sea la falta de la falta, no hay engaño y se produce la **angustia** que anonada el sujeto. La clínica y la vida cotidiana nos muestran cómo cada cual se las arregla para mantener siempre esta dimensión de la falta: y de ello tenemos una particular manifestación en el **amor**, que es dar lo que no se tiene a quien no lo es –y no lo pide!–, mientras la **depresión** (siempre bipolar), las **pasiones** o las **adicciones** nos ubican en la confirmación de haberlo perdido para siempre o en la certeza de haberlo encontrado.

La significación fálica inscribe la diferencia y la alteridad en el deseo, es la que lo funda y lo protege de la locura y del narcisismo, de la lógica infinita y desamarrada del objeto de la falta, instituyendo un tercero en la lógica inmediatista y binaria de las pulsiones: oral (avidez-vómito), anal (acumulación-retención), escópica (ver-ser visto), invocante (encanto y sometimiento a la voz).



² ¡Atención! “falta” es distinto de pérdida y no tiene nada que ver con la culpa.

³ Cabe anotar que el lenguaje cotidiano alude a esta noción en algunas expresiones familiares en Colombia: “*un resto de cosas*”, “*te quiero un resto*” o “*me importa un resto*”... en las que resto remite a algo que cuenta.

LAS DOS DIMENSIONES DEL OBJETO EN LA DIFERENCIA SEXUAL

Es también a partir de estas dos dimensiones del objeto que, en su esquema de la sexuación, Lacan ubica el goce fálico en el lado de lo masculino, como castrado; animado por el goce fálico, el hombre goza de su órgano y apunta al otro (a una mujer, por ejemplo) como objeto de su deseo. Asimismo se define el goce Otro, por el lado de la posición femenina en tanto es “no-toda” fálica, en tanto que *una* mujer (“LA mujer no existe”) enterada de la castración, siempre navega entre hacerse objeto del deseo del hombre y el mundo infinito de los significantes del deseo del Otro, ocupando a veces la posición fálica –*lo* es para el otro y para el Otro– o *lo tiene* haciendo como él. Se pinta, seduce, manda, pone las cosas en orden, es musa, guerrera, compañera, pero al prestarse a las exigencias del compañero, al ocupar el lugar del objeto a para su deseo, no se deja ilusionar, ya que está advertida de la falta en el Otro. Así, entre estos dos valores del objeto, y refiriéndose a sus propios significantes, *una* mujer se luce y sirve, cae y constantemente se inventa. Y busca la palabra para expresar esta indecible condición, aunque en general se quede callada, secreta. Su goce no tiene límites, es del cuerpo, de la naturaleza hasta en su pensamiento. Es increíble todo lo que se le pide a una mujer y todo lo que es capaz de cumplir, desde *correr con los lobos...* hasta *igozar como una mujer!* Pero no hay goce Otro sin economía fálica: *isín falo no hay paraíso!*

Entonces, si el hombre busca a diestra y siniestra la comprobación de su goce fálico, siempre vuelve a Itaca, mientras Penélope, en su noble espera –o detrás de la cantaleta–, sólo Dios sabe en qué estará pensando... así sea en los meandros del amor, es decir en *icómo* dar lo que no tiene! Dos lógicas a partir de una misma falta fundamental y disparidad en cuanto a la significación fálica. Agradecemos entonces a la diferencia sexual el permitirnos explorar el enigma de la alteridad y encontrarnos por medio del placer. Pero si bien se pretende la paridad en términos políticos, de género y de derechos, no hay paridad en el sujeto de deseo.

DE LO FEMENINO Y LO MASCULINO EN EL MATRIARCADO

Así es que el planteamiento de Jacques Lacan nos permite distinguir lo que es el valor del falo (en lo simbólico, en la diferencia sexual) de lo que sería el orden patriarcal. Y si bien decimos “el falo, la valencia de la instancia fálica es bisexual e igual podríamos escribirlo en femenino”. De hecho, en esta orilla de Occidente tenemos la oportunidad de observar una organización familiar y de crianza que parece, en buena medida, haber desalojado al padre desde mucho antes de que el viejo Occidente resulte descubriéndolo en su posmodernidad. Propongo considerar esta realidad curiosamente





dejada de lado en nuestras reflexiones y sin embargo bien presente en el discurso común: la referencia a un matriarcado histórico que atraviesa la sociedad mestiza y el papel central de la madre en las configuraciones familiares. Trataré de plantear en términos clínicos y lógicos el toque particular que este real social parece imprimir en el deseo y en la relación entre los sexos.

Este régimen ha persistido desde tiempos ancestrales (desde los matriarcados africanos, indígenas o de la cuenca mediterránea) o bien como efecto de la colonización. En efecto, ¿cómo podría un hombre prevalerse de la referencia fálica patriarcal, que es la de un amo que puso en vilo a sus dioses y sus reglas? Asimismo me parece un error seguir buscando en nuestra clínica los supuestos defectos del modelo patriarcal, cuando en muchas configuraciones familiares se ha venido instituyendo subjetiva y culturalmente la referencia fálica por el lado de la madre. Tener en cuenta esta realidad quizás nos permitiría avanzar en la solución de nuestros conflictos, distinguiéndola también de la función cada vez más central de la madre en Occidente como efecto del ocaso de la función paterna; un punto de vista derivado tanto de la clínica como de los estudios en ciencias sociales, entre otros los de Virginia Gutiérrez de Pineda, o también de lo que nos sugieren los cultos marianos, privados y públicos, y otros reinados de belleza.

En este punto vuelvo al asombro que suscita el sentimiento compartido de tanta felicidad: efectivamente lo que resuelve el matriarcado es el enigma del origen, la felicidad de participar de un “mundo positivo” hecho de seguridad y de satisfacción. La madre, al darles la vida, es la causa evidente de sus hijos, los guía, los protege, los atiende y al igual que prodiga, puede a su antojo retirar lo que da y esperar que todos la cuiden y le rindan un eterno homenaje. Así mismo se funda el lugar central de la madre en la familia, “*madre (no) hay sino una*”, y de allí su autoridad, la potencia fálica que ella encarna en la realidad, con sus corolarios de entrega y de estoicismo, de aguante hasta la santidad y de la pura devoción a Dios: “no hay quien se le atraviese”. Esto es lo que yo llamaría “matriarcado” en términos subjetivos.

Podemos reconocer algunas implicaciones de esta condición en nuestro funcionamiento social y sexual. Basta con escuchar expresiones familiares que estigmatizan al hombre como “*un hijo más*” para entender que, en el régimen matriarcal, la pareja predilecta es la de la madre y el hijo, dejando de diversas maneras al padre por fuera. La posición de éste es más bien la del “genitor, como accesorio de ninguna manera necesario, más bien accidental”. Por eso no es raro que se suspendan las relaciones sexuales con el ejercicio de la maternidad: la casa materna es más bien desierta de goce sexual carnal (al no ser, en muchas ocasiones, reales transgresiones de la prohibición del incesto).

En ciertas regiones de Colombia se ve cómo el padre es más bien una figura de paso en el hogar y si permanece, su poder no es reconocido en cuanto a la administración familiar, revistiendo por ende una forma de autoritarismo arbitrario; un padre con el que no se trata ni se puede rivalizar, que toca ignorar, aun amar, sin cederle nada. La madre –o la abuela materna– es la ley y necesariamente *alcahueta*, siguiendo su capricho puesto que no hay nadie para oponerle un “no”. Entonces es común observar que, en muchas ocasiones, el hijo sigue viviendo donde ella hasta viejo, o en varios ámbitos femeninos o donde una mujer como si ella fuera su madre.

Asimismo, la procreación participa en lo que define el ideal y esto puede dar cuenta de la cantidad de embarazos precoces, de la tardanza de la legalización del aborto y de los conflictos que esta propicia.

La hija es criada siguiendo el modelo de perfección transmitido por la madre, procurando que no le falte nada: sabe atender al hombre, es maestra y *cositera* en el hogar y se encarga de velar por los hijos; es amorosa y trabajadora, *echada pa'lante*, asumiendo al tiempo los atributos fálicos de la feminidad y haciendo las veces de objeto a. Perfecta, entonces, lo único que pide la muchacha es que paguen para acceder a ella y que le demuestren el visible ejercicio viril. En situaciones típicas, la rivalidad femenina entre madre e hija se resuelve con una distribución de roles en la que la hija se encarga de la fecundidad y de trabajar para los hijos que su madre cría, sintiéndose como una hermana más. Aunque con sus anhelos de mujer y su acceso creciente a funciones sociales, no es extraño que al tener que salir del ámbito familiar, la hija opte por renunciar a la maternidad, como si estos ejercicios se excluyeran. Y mientras algunas desempeñan al máximo la posición fálica a punta de ejercicios, de dieta y de silicona, para otras esta posición no deja de ser extraña: ¿Cómo ganar dinero, ser ejecutiva y ser objeto del deseo del compañero, sin espantarlo? Entre hazañas y bajo perfil, por medio del zen y las esencias florales.

Así mismo, hay por otro lado una evidente felicidad en haber nacido varón: para ser hombre le basta al hijo seguir la pauta del deseo materno y cumplir con ciertas metas reales: conquistas sexuales y éxitos sociales. Esta es la felicidad que prodiga, en ausencia de un rival, el lazo incestuoso con la madre, por lo menos en la imaginación, ya que se puede decir que él es su hombre. En efecto, promovido a esta condición, no hay quien le obligue a separarse de nada, a renunciar o intercambiar. Sueña con una gran fraternidad humana, amistades y complicidad, adora la libertad y seguir la corriente de sus improvisadas ocurrencias, pero así mismo se vuelve un amo en el sentido de que rechaza toda limitación a la expresión de su voluntad, de su fantasía, de sus posibilidades; no tiene por qué acatar órdenes, juramentos, compromisos o prioridades, ni tampoco el valor de la palabra dada. Se presentan entonces algunos

inconvenientes y es que, al ser “el héroe”, se topa en la realidad con otros “elegidos” en un clima de arrogancia y de exaltación, con la expresividad, y a veces el tremendismo, del gesto y de la voz, y con una rivalidad narcisista que conlleva cierta hipersensibilidad paranoica. Una apuesta a vivir, incluso en los límites del peligro, en una alternancia de flechazos y caídas hasta “tocar fondo”.

En cuanto al ejercicio de su virilidad, se tiene que dar en términos de la conquista permanente del objeto sexual –y de allí su consabida infidelidad–, como si tuviera la necesidad permanente de cerciorarse, en lo real, del goce peniano que resulta rechazado por fuera del orden fálico materno.

A partir de este paradigma, se puede entender el consecuente machismo con la pugna permanente entre los sexos y su corolario de homosexualidad latente o declarada en ambos géneros: por el lado femenino, en la decepción compartida por la incomprensión de los hombres, y por el lado masculino, por el necesario refugio entre sus pares ante los difíciles retos que les impone la exclusión del índice peniano en la lógica femenina. No será ajeno tampoco a este régimen matriarcal y en escenarios relegados por fuera de “su cultura” (el monte, la calle...), la envidia y la guerra de cañes excluyentes, las tribulaciones de niños armados y la cantidad de hombres jóvenes que mueren en sus proezas: en otras palabras, el sacrificio real de los hijos.

Ahora bien, lo anterior plantea un paradigma que no pocas veces se ilustra en situaciones reales. No obstante, podemos entender el malestar masculino como una resistencia ante la exigencia de este Otro materno, esférico y sin falta, sin tercero simbólico de qué agarrarse; en el que el hombre se puede sentir, en muchos casos, “programado” por la madre, por fuera del poder de la mujer, y abocado a ser el falo imaginario para completarla. De hecho, sucede que, si no está en condición de cumplir con esta pauta, resulte a la deriva, a distancia del deseo, con inconsistencia fálica en sus actos, falta de carácter y, al son de boleros y otras “canciones del mal amado”, de desamor o “desazón suprema”, y más bien cansado de tanto luchar para honrar una virilidad que no propicia la garantía del encuentro con el otro sexo. El hombre contemporáneo “*quiere lucirse sin ejercer dominio*” y anhela en la posición femenina la promesa de la indiferenciación, la ausencia de límites y fronteras, que le parece apropiada para la creación y la libertad. El problema es que su narcisismo exige el ejercicio fálico imaginario; tiende entonces a alternar entre la hipervaloración de la dimensión fálica y su degradación: entre ser el falo mismo –y entregarse “*todo*”– y fetichizarlo. Y en su dificultad para constituir el objeto de su deseo por la mujer a partir de la falta, evita el encuentro, la mantiene a distancia. Huida, magia, ensoñación hasta delirio podrán entonces hacer las veces de tercero en la condición incestuosa,



sin que se trate de psicosis ni de melancolía, sino de una forma particular de neurosis masculina: un hombre imaginario buscando qué es ser hombre en el espejo de sí mismo o de lo mismo, en la pantalla, en la mirada del Otro materno.

Y en ambos géneros, la histeria –de ahora en adelante en “la bella diferencia y más allá”– sigue siendo el recurso para la expresión del sujeto, la única vía para decir que “eso no es”.

TRANSMISIÓN O DONACIÓN FÁLICA POR LA MADRE

El psicoanálisis ha mostrado que el “amor de madre” en tanto “donación de lo que no tiene”, fundado en la falta, es lo que despierta el deseo en los hijos, los empuja a desear, como para repararla. Es con esta condición –la de ser dividida por el deseo de otro–, que una madre puede ser trasmisora de la función fálica por medio de este amor.

Pero cuando ella está a cargo de la función fálica⁴, en ausencia de un hombre que la desee, separador del lazo madre-hijo, la referencia fálica no se trasmite a sus hijos por la operación de la castración que pasa por la metáfora paterna para acceder a su deseo: la madre les hace donación del falo en línea directa y, con el precio de su sacrificio, puede exigir el buen uso de esta donación e igualmente quitarla.

La función simbólica del falo resulta entonces sustituida por una economía de objetos portadores de satisfacción en tanto vienen a colmar los orificios del cuerpo –seno, heces, voz, mirada– y marcan las relaciones en términos de privación o de frustración, de la misma manera en que una madre tiende a expresar sus sentimientos: con positiva alegría o con reclamos y resentimiento. En este mundo positivo el significante remite directamente a la cosa, lo que se dice es y no hay lugar para los matices imaginarios del fantasma: es más bien el registro de la metonimia, de la contigüidad, lo que lo organiza, donde lo simbólico se confunde con lo real, al infinito, sin dar lugar a deuda o pacto simbólico alguno. Toda demanda debe encontrar una satisfacción natural y, así, no se trata del “deseo del Otro”, sino de una “demanda en el Otro”, vaga, a modo de camino abierto, de azares y de caprichos, de consenso o de moda. Un Otro cuyo infinito es virtual, ya que no está connotado por un deseo específico, un orden libidinal al que referirse.

El amor de madre, evidente e indiscutible, no puede dar identidad sexual, pues la madre no tiene indicio de ello. De allí podemos intuir que en este régimen, cuando de violencia se trata, es porque el orden fálico encarnado por la madre deja por fuera el goce sexual masculino, por fuera de su donación fálica que no inscribe en el deseo la alternancia, la experiencia de la renuncia: “hay confusión, en el Otro materno sin límites, entre el goce fálico y el goce Otro”. Esto es tal vez lo que lleva a



⁴ Y esto mientras vayamos aclarando, desde la teoría psicoanalítica y con el recurso de la topología, de qué falo se trata.

sus límites la fórmula lacaniana según la cual “no hay relación sexual”. Pues sí las hay, singularmente reales, narcisistas.

Vale la pena tomar la medida de la función fálica encarnada por la madre para entender de qué manera se presta y coincide con aquel Otro posmoderno que instituye la invasión sin límites de los objetos de goce con la aceleración de la tecnología y del consumo: un Otro que lo ve y lo muestra todo, un imperio de satisfacción múltiple y dispersa, virtual y fugaz, en el que la oralidad y la mirada se van apoderando de nuestro deseo, taponando todos los orificios con un montón de desechos, de objetos caídos. Motivos para pensar que la castración simbólica, según la metáfora paterna que Freud consideraba como un progreso sobre el matriarcado, ya no opera en nuestra época y queda como un “occidente” de la historia. “El deseo es el infierno”, la castración se volvió problemática y ya tiene fama de ser traumática⁵. Más motivos aún para que la madre venga a ocupar la función de encargarse y de dar el falo. Más motivos para preguntarse qué pasa con el amor de una madre, que es dar lo que no tiene, con la madre misma, que tiende a desaparecer para volverse una función.

Queda abierta la pregunta sobre el tercero en la relación madre-hijo para la salida del incesto y frente a la deriva sin fin del goce del objeto. ¿Qué es lo que garantizaría el orden simbólico para que no estemos tan locos? ¿Más allá de Dios o de una diosa? ¿Puede una mujer llegar a ser una madre “no toda”? En este mundo en el que “la sexualidad se va organizando por el lado derecho de la sexuación”, ¿puede una mujer como sujeto optar, en el amplio abanico de su femenina creatividad, por conservar la distancia entre goce fálico y goce Otro? ¿Puede “la madre agente del padre” dejar que se instaurare alguna metáfora fálica? ¿Acaso se trata de múltiples micro castraciones tras las diversas pasiones fálicas que se inscriben en los objetos del deseo? ¿Una red versus un Uno? Dejaremos que estas preguntas sigan trabajando para otra oportunidad...

SABER USAR EL FALO PARA PRESCINDIR DE ÉL, HACIA EL GOCE OTRO

El psicoanálisis ha mostrado de qué manera la experiencia de la castración permite salir del *impasse* narcisista. Es decir, que no es por conocer de antemano la castración que una mujer accede al goce Otro, sino, del mismo modo que un hombre, después de haber pasado por la significación fálica. Por lo tanto, si hablamos desde el psicoanálisis de un goce Otro, no se puede confundir con un no fálico (por pérdida, despojo, privación o frustración de las insignias fálicas) y sólo se puede dar en un segundo tiempo, tras el paso por la experiencia subjetiva de la metáfora fálica que da significación a la falta ante el deseo del Otro, con la consecuente destitución de sus pasiones y la caída

⁵ Refiere Charles Melman que Lacan mismo, al final de su vida, alguna vez dijo: “ya no sé muy bien lo que es la castración”.

de los objetos, cuando ya se experimentó que en el Otro no hay nadie. Hasta el *deser*, el resto, el vacío en el Otro.

Esta es la propuesta de la cura analítica contemporánea: acercarse a esta verdad del objeto *a*, objeto causa por faltante, real de la alteridad y producto de su división subjetiva en relación con el Otro. Al renacer de este acto, el sujeto podrá escoger entonces: o bien realizar estoicamente el orden fálico que lo rige, mejor advertido(a) de su valor simbólico, o bien soñar con un goce Otro en el umbral de la creación. “El discurso psicoanalítico no tiene por qué pronunciarse allí pero conduce a tomar partido”. Así sea en el desorden de lo múltiple y de lo disperso, sin perder los límites.

BIBLIOGRAFÍA

- CHEMAMA, ROLAND, “La castration féminine est-elle secondaire ? (à partir de Jones)”, ponencia en el Seminario de verano de la ALI sobre *La angustia*, de J. Lacan. www.freud-lacan.com.
- _____, *La dépression, la grande névrose contemporaine*, Editions Erès, Ramonville Ste Agne 2006.
- DE LA PAVA, ARTURO, *Todos los hombres son infieles*, Círculo de Lectores, Bogotá 2004.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, VIRGINIA, *Familia y cultura en Colombia*, Editorial U. de Antioquia, Medellín 1968.
- HÉRITIER, FRANÇOISE, *Masculin-féminin. La pensée de la différence*, Odile Jacob, París 1996.
- HOPEN, CECILIA, “Disimetría hombre-mujer”, en *La Letra*, No. 11, Estudios Psicoanalíticos Lacanianos, Quito 2005.
- KRISTEVA, JULIA Y CLÉMENT, CATHERINE, *Le féminin et le sacré*, Editions Stock, París 1998.
- LACAN, JACQUES, *Aún*, Seminario 20, Editions Seuil, París 1975.
- LACHAUD, DENISE, *L'enfer du devoir, le discours de l'obsessionnel*, Ed. Denoël, París 1995.
- LEBRUN, JEAN-PIERRE, *Rien n'est plus secret qu'une existence féminine*, Editions Erès, Ramonville Ste Agne 2001.
- MELMAN, CHARLES, “La madre agente del padre”, en *El complejo de Colón y otros textos. Clínica psicoanalítica y lazo social*, Cuarto de Vuelta Ediciones, Bogotá 2002.
- _____, “La vida más”, en *Desde el Jardín de Freud*, No. 5, U. Nacional, Bogotá 2005.
- ROELENS, TANIA, “¿Qué nos dicen las amazonas?”, en revista *Post Data*, No. 14, Bogotá 2001.
- _____, “Hacia una madre no toda”, en *La invención del objeto a por Jacques Lacan*, Cuarto de Vuelta Ediciones, Bogotá 2003.
- SAAL, FRIDA, *La bella diferencia y más allá*, trabajo presentado en inglés en la Conferencia Internacional sobre Sexuación, Columbia University, Nueva York, abril de 1997.
- VANDERMERSCH, BERNARD Y DARMON, MARC, “A propos du phallus”, en *Bulletin de l'ALI*, Nos. 113, 114 y 117, París 2006.
- Varios autores, *Masculinidades en Colombia, reflexiones y perspectivas*, Foro, Gente Nueva Editorial, Bogotá 2000.
- _____, *Destins du désir de la mère*, coloquio en Chambéry 2004, Cuadernos de la Association Lacanienne Internationale, París 2006.
- _____, *Masculin-Féminin en 1992*, revista de la Association Freudienne de Belgique, No. 37-38, Bruselas 2001.
- _____, *Invention du féminin*, coloquio de la Société de psychanalyse freudienne, Editions Campagne Première, París 2002.
- _____, *Des sexes différents*, revista *Essaim*, No. 10, Editions Erès, Ramonville Ste Agne 2002.
- _____, *Le masculin et le féminin*, revista *Le trimestre psychanalytique*, No. 3, Association Freudienne Internationale, París 1993.
- VÉLEZ, MARTA CECILIA, *Los hijos de la Gran Diosa. Psicología analítica, mito y violencia*, Editorial U. de Antioquia, Medellín 1999.
- ZULETA, ESTANISLAO, *Tres culturas familiares en Colombia*, en revista *Número*, No. 30, Bogotá 2001.